

CULTURA, IDENTIDAD Y COOPERACIÓN. REFLEXIONES EN TORNO A TEMÁTICAS CULTURALES

María Cáceres Carreras

Universidad Nacional de Rosario, Argentine. E-mail: mcaceres77@hotmail.com

Recibido: 10 Diciembre 2008 / Revisado: 2 Enero 2009 / Aceptado: 14 Enero 2009 / Publicación Online: 15 Febrero 2009

Resumen: La cultura ha adquirido una importancia relevante en las sociedades contemporáneas. Es evidente la prioridad de la misma en el proceso de globalización y en la concreción de un mundo más interrelacionado. Reconociendo las múltiples dimensiones del fenómeno de “cooperación cultural” centramos nuestro análisis en aquellas semejanzas e identificaciones de los actores cooperantes que permiten pensar en “identidades culturales compartidas”. Es por ello que en el presente trabajo se intentará desde un enfoque teórico una aproximación al fenómeno de la cultura, proyectando sociedades plurales en donde se establezca un diálogo intercultural como medio para afrontar los retos y problemas del mundo contemporáneo.

Palabras Clave: Cultura, cooperación, identidad, globalización, desarrollo humano, ciencia-tecnología.

INTRODUCCIÓN

La cultura, en su más amplio espectro, ha ido adquiriendo importancia en nuestras sociedades contemporáneas. Es evidente la prioridad de la cultura dentro de los procesos de desarrollo de los países, que en mayor o menor medida se involucran con la globalización y la concreción de un mundo más interrelacionado, cuyos efectos visibles son los acuerdos de cooperación e integración internacional.

Es por ello que en el presente trabajo se intentará desde un enfoque epistemológico dar cuenta de algunos lineamientos teóricos que se acerquen al fenómeno de la cultura, nos mueve en esta dirección la idea de una integración de sociedades plurales en donde se establezca un

diálogo intercultural como medio para afrontar los retos y problemas del mundo contemporáneo.

Conviene aclarar que en este ensayo se analizan las relaciones interculturales desde el lugar de la cooperación y la armonía, dejando de lado (por razones de recorte analítico) aquellas situaciones de enfrentamiento o choque cultural, sin por ello desconocerlas.

Reconociendo las múltiples dimensiones del fenómeno de *cooperación en la cultura*, centramos nuestra atención en aquellas semejanzas e identificaciones culturales de los actores cooperantes, que entre otras razones unen sus vínculos por lazos de consanguinidad o por reminiscencias de un pasado común y que permiten hablar de “identidades culturales” compartidas.

De este modo la cultura será entendida como un proceso integrado en el que convergen las relaciones científicas y tecnológicas, comunicativas y educativas de nuestras sociedades contemporáneas.

1. COOPERACIÓN CULTURAL: CLAVES PARA LA COMPRENSIÓN DE UN PROCESO

La indagación teórico metodológica acerca del factor cultural en las relaciones internacionales es un agente indispensable “ya que todas las previsiones apuntan cada vez más a establecer en la cultura el próximo elemento potenciador de las relaciones internacionales” (Vicario Leal, 1996: 66).

Cuando abordamos el tema de la *cooperación cultural* no nos referimos tan solo al mero

intercambio y difusión de actividades culturales, sino que estamos apuntando hacia algo más importante, a saber: que la misma, además de ser un instrumento fundamental en las relaciones internacionales, puede ser un instrumento efectivo en el desarrollo económico y social de las poblaciones desfavorecidas de los países en vías de desarrollo.

Es decir, la cooperación internacional como fundamento del desarrollo humano que implica concebir a la cooperación cultural como el proceso que, partiendo de las capacidades endógenas de cada pueblo, estableciendo una comunicación efectiva y contando con el apoyo de la asistencia técnica y tecnológica, genera un impulso de desarrollo económico capaz de paliar las situaciones de pobreza y de desigualdad (Revista Síntesis, 1996: 10).

La noción de “desarrollo humano” se vincula con el suministro de medios conducentes a la ampliación de las oportunidades que el sistema social debiera ofrecer a cada uno de sus miembros para que éstos puedan desplegar libremente todas sus potencialidades como persona. Para ello, se requiere que este tipo de desarrollo sea sustentable en el tiempo y que garantice la participación de todos en el sistema, así como la gobernabilidad, en un marco de seguridad política, jurídica, individual y social¹.

Es por este camino, que la dimensión cultural del desarrollo comienza a materializarse en una visión integral de la cultura que no se reduce a la creación literaria o artística, sino que atiende también a las relaciones científicas y tecnológicas, comunicativas y educativas, industriales y comerciales.

La situación de “cooperación” comenzó a orientarse a tales objetivos, a finales de los años setenta, cuando el proceso de transformación se inició en el mundo académico. Las Universidades se incorporaron a los circuitos de cooperación y los planes de becas e intercambios estudiantiles abrieron paso a una mayor amplitud de criterios en el sector cultural. Se buscó organizar sistemáticamente programas de investigación, ampliar intercambios docentes, fortalecer hábitos de trabajo interdisciplinario, un crecimiento tecnológico compartido, etc. Se fue creando una “cultura” del entendimiento y conocimiento conjunto como base para una cooperación más sólida, estable y que realmente ayudara a un desarrollo sostenible. La cultura en el desarrollo dejó de ser una mera exhibición de

formas artísticas más o menos exóticas y pasó a ser un sustrato en el comportamiento del cooperante (Vicario Leal, 2000: 66).

De este modo el desarrollo humano se vincula al progreso económico con justicia social, a la productividad, al empleo, a la ciencia y la tecnología, a la educación, a la identidad y la pluralidad cultural.

Si nos detenemos en la relación entre los cooperantes podemos plantear como interrogante: ¿cooperación para la cultura o cultura para la cooperación?. Si focalizamos nuestro análisis hacia la primera proposición de tal planteo, se hace hincapié en la cooperación para el desarrollo y cuáles son los objetivos o fines que motorizan a determinados países-regiones-ciudades a cooperar en el terreno de la cultura. En dicho caso el estudio agudiza la mirada en torno a la acciones del cooperante.

Caso contrario, en el segunda parte de la enunciación se piensa más bien, en el desarrollo de una cultura que motorice los intercambios culturales con el extranjero. En términos de receptores de la cooperación, el acento estaría puesto en el espacio receptor de la cooperación.

Es importante darnos cuenta del significativo valor que tiene la cooperación cultural como eje fundamental que ayuda a construir procesos de identidad dinámicos y caminos al desarrollo coherentes con quienes somos y abiertos a la adaptación cultural recíproca. De este modo la *interculturalidad* es propiciadora de la *multiculturalidad*. Es esta la relación que debe guardar la identidad y la cooperación como una máxima dentro de los procesos de cooperación cultural. Vale decir, el respeto por las diferentes formas de cultura es el principio de una cooperación cultural eficaz, descentralizada y participativa.

2. UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA A LA SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA Y DEL CONOCIMIENTO

La sociología del conocimiento - a través de su mentor Karl Manheim - se ha planteado la tarea de resolver el problema del *condicionamiento social del conocimiento*. Pero que se entiende por “condicionamiento social”. Por ejemplo, para el hijo de un campesino que se ha desarrollado en los límites estrechos de su aldea y que ha pasado su vida entera en el lugar de su nacimiento, la forma de pensar y de hablar

que son características de aquella aldea es algo que dará enteramente por supuestos”; la interpretación del mundo que escucha de sus vecinos no es tan solo una interpretación más, sino que para él constituye un conjunto de verdades evidentes e incuestionables. “Pero para el muchacho campesino que va a la ciudad y se adapta gradualmente a la vida urbana, el modo de vida y de pensamiento rurales dejan de ser algo que se da por supuesto. Se ha distanciado un tanto de ello y distingue ahora, quizá incluso de una manera totalmente consciente, entre la forma de pensamiento y de ideas “rural” y “urbano” (Del Percio, 2000: 134).

Tal ejemplo puede ser trasladado a otras situaciones en donde se observan condicionamientos culturales y así poder imaginar que aquel muchacho de la aldea que se traslada a la ciudad, puede luego recorrer el mundo o comunicarse por internet y relacionarse con las más variadas civilizaciones, percibiendo de este modo, los factores culturales que moldean al individuo y que construyen su identidad cultural.

Siguiendo con el enfoque de la sociología del conocimiento: “esta ciencia plantea los fundamentos para un *diálogo auténtico* entre individuos, puesto que no se parte que quien piensa distinto lo hace porque es un mentiroso y pretende engañarme a mí y al resto de la sociedad, o porque es un imbécil incapaz de descubrir lo que para mí son verdades evidentes. Plantea también una actitud superadora de la mera tolerancia, pues se “tolera” aquello que es erróneo, no lo que puede ser verdadero.

Al entender que yo estoy viendo la realidad desde una perspectiva determinada, y que quien piensa distinto lo hace desde su peculiar punto de vista, en la medida en que se puedan desentrañar los condicionamientos sociales (o más apropiado con nuestro análisis condicionamientos culturales) de esas opiniones, podemos ambos enriquecer nuestro propio pensamiento merced al aporte realizado por el otro. (Enrique Del Percio, 2000: 134)

Es por esto, que hemos incluido una breve reseña de la sociología del conocimiento, porque al proyectar un diálogo auténtico y un enriquecimiento mutuo entre las personas, interpretamos que tales cuestiones fomentan la interculturalidad y el conocimiento recíproco en pos del desarrollo de una cooperación cultural que respete las identidades individuales.

3. LA IDENTIDAD CULTURAL EN LA ARGENTINA

En el proceso de redescubrimiento de las raíces y la identidad de la República Argentina, hay que tener presente el aporte de Europa en la conformación de nuestra mentalidad, ya que “en el árbol genealógico de nuestra idiosincrasia encontramos más antepasados europeos que americanos. No es hablando en quechua como se evita caer en el eurocentrismo, sino asumiendo nuestra realidad de país inserto en un mundo cuya fisonomía económica, política y cultural muestra una herencia predominantemente europea” (Del Percio, 2000:17).

La identidad es una creación colectiva que en nuestra época ya no puede estar basada exclusivamente en la búsqueda y el culto a sus propias raíces y tradiciones. Por consiguiente, la identidad no tiene sentido sino se enfrenta y va asociada a las diferencias del presente y del porvenir... En la confrontación de otras regiones y grupos, una región construye su identidad según múltiples modalidades (Bassand, 1996: 153).

La identidad cultural es la imagen que los individuos y los grupos de una región moldean en sus relaciones con otras regiones. Esta imagen de uno mismo puede ser más o menos compleja y basarse ya sea en un patrimonio cultural pasado o presente, ya sea en un entorno natural, ya sea en la historia, un proyecto de futuro, una actividad económica específica o, finalmente, en una combinación de estos variados factores (Bassand, 1996: 213).

A grandes rasgos se puede plantear que en muchos casos de la Argentina actual, la identidad cultural intenta conservar o redefinirse en torno a su similitud con Europa, o más específicamente con el legado cultural que plasmaron españoles e italianos en la concreción de una identidad nacional a principios del siglo XX. Decimos “conservar y redefinir” porque a la vez que se preserva este lazo o herencia histórica; con el tiempo esta identidad se modifica por el dinamismo de una sociedad más abierta e integrada en un mundo globalizado.

A esto podemos agregar el análisis de Paloma García Picazo, que pensándolo desde el caso europeo, sostiene que la identidad se construye. Lo absoluto se convierte en relativo desde el momento en que irrumpen espacios y tiempos en el ámbito cultural, al tiempo que la tradición, la

conciencia y la imaginación son los factores constitutivos de la identidad (García Picazo, 1997: 71-91).

Las nuevas redes de la tecnología de las comunicaciones, estimulan nuevas formas de identidad cultural y, al mismo tiempo reavivan e intensifican las viejas... estas redes forman un espeso tejido de relaciones que vinculan entre sí a las distintas culturas particulares y transforman su naturaleza y alcance, a la vez que “hacen posible una interacción más fluida y más densa entre los miembros de las comunidades que comparten rasgos culturales comunes” (Held, 1997: 158).

En el plano concreto podemos decir que a través de actividades culturales que promueven el intercambio abierto y la relación entre ciudades-comunidades-regiones españolas- italianas y argentinas, se reconoce la necesidad de mantener los vínculos con el viejo mundo en la construcción de la propia identidad. Esta relación se ve manifiesta en acuerdos de cooperación que estimulan la ayuda y el intercambio no solo de bienes o en materia económica, sino también de personas que se enriquecen en la experiencia cultural de conocimiento mutuo, reproduciendo en muchos casos el vínculo iniciado con las olas de inmigración europea en la Argentina de principios del siglo XX.

Sin duda la identidad cultural en la realidad Argentina presente está transitando por un proceso de redefinición. La pregunta a develar será qué derroteros recorrerá dicha identidad y en qué medida se puede vincular o hallar condicionada por prácticas concretas de cooperación cultural en diferentes espacios del orden regional, entendiendo que en el ámbito de la cooperación se establecen relaciones estrechas entre los actores participantes que intensifican el conocimiento del otro y de uno mismo.

4. LA ESTRUCTURA DE DOMINACIÓN

¿Pero cómo relacionar la cooperación cultural con la estructura de dominación vigente en nuestras sociedades contemporáneas?

Todo agrupamiento social con algún visto de permanencia presenta una dualidad entre un pequeño segmento que manda y una amplia franja que acata lo mandado considerando que quienes ejercen el poder tienen derecho a hacerlo, aún cuando no se comparte el contenido

de los dictados de la autoridad. Dominación en clave weberiana significa encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas, esto es encontrar consenso. (Del Percio, 2000: 183).

Para Ortega y Gasset “mandar es una mixtura exquisita de convencer y obligar”. Los argumentos para convencer o los medios para obligar cambian de acuerdo con los tiempos y con los lugares (Del Percio, 2000:183). De este modo Weber hace una distinción entre poder y dominación, necesitando para la segunda de las categorías de la capacidad de generar “consenso”.

En este sentido, es aquí donde se observa según nuestro criterio la intervención de los factores culturales que condicionan al individuo y que se hallan en el ámbito superestructural de la sociedad facilitando la búsqueda del consenso.

La estructura de dominación está integrada por tres elementos en relación dialéctica. A saber:

- un modo de estratificación social
- una forma de legitimación
- un tipo de estructura organizacional, especialmente del poder público.

La modernidad marcó el paso de una estratificación estamental, donde lo que primaba en la asignación de prestigio y poder era la cuna, a una estratificación por clases sociales basada en la cantidad de dinero que se tiene; de una legitimación religiosa trascendente o teológica a una religiosa inmanente o ideológica, y de una organización del poder de tipo feudal al Estado nacional burocrático.

Las características del cambio de la estructura de dominación en la actualidad son, en orden a la estratificación social, el reemplazo de la cantidad de dinero que se tiene por la cantidad de dinero que se gasta, y en cuanto a la legitimación y a la forma de organización, las crisis y replanteos de las formulaciones ideológica y del Estado-nación (Del Percio, 2000: 184).

La estratificación social es un ordenamiento vertical de la población en segmentos conforme a la función que cumplen en la división social del trabajo. Tal jerarquización de la sociedad se halla en relación con la estructura de dominación política y legitimada por las teorías hegemónicas.

De ahí la importancia de la cultura y del conocimiento como síntesis social que se halla en la intersección del nivel estructural y superestructural de la sociedad. En tanto ideología o saberes dominantes que condicionan al conjunto social o por el contrario pensado como producción cultural que permite cambios innovadores, apertura al conocimiento y acciones revolucionarias tendientes a cambiar las situaciones de opresión.

En otros términos la situación moral o cultural de una sociedad no puede ser pensada de manera desglosada de aquellos factores políticos, económicos y tecnocientíficos, sino de manera interdependiente logrando de este modo abarcar la complejidad de la trama social.

Pensar la sociedad como una estructura piramidal, cuya base y cúspide no tienen porque estar a distancias insuperables, siendo deseable que a todos se les brinde la posibilidad de acceder a los lugares más altos de esa estructura. A nuestro entender, esta posibilidad de ascenso al interior de la pirámide, o mejor dicho de achicar las disparidades existentes en la actualidad, está directamente relacionada con el acceso a la cultura, concretizada en prácticas educativas, en el desarrollo de los recursos humanos, en la ciencia y tecnología etc.

La cooperación cultural para el desarrollo debe funcionar en estos espacios concretos de acción, con vista a ocupar en países en vías de desarrollo áreas en donde el Estado nación se ha hallado ausente.

Es así como la movilidad social ascendente o descendente en el tipo de estratificación de “clases en razón del consumo” se basa en un principio económico-educacional-tecnocrático.

El conocimiento, los adelantos científicos y las nuevas tecnologías informáticas pueden actuar como elementos “aglutinadores” o “discriminatorios”. En tanto el primer caso se halla en correlato con la aplicación de la cooperación económica y cultural como fuente de integración de los diferentes estratos (Keohane, 1998: 74)². Mientras que el segundo hecho pone de manifiesto situaciones de disgregación en términos de acceso a las nuevas fuentes de conocimiento:

“La pregunta es qué pasará con los desclasados que queden al margen del sistema superinformado” (Del Percio, 2000: 196).

Entre tanto, las formas actuales de legitimación, son un proceso de explicación no lógica, tendiente a justificar determinadas instituciones y pautas culturales, adjudicando categoría normativa a sus imperativos³.

Enfocamos el análisis hacia las sociedades contemporáneas que construyen como forma de legitimación un universo simbólico científico-tecnológico alrededor del cual ordenan: por un lado, al ser humano en forma individual y por el otro a la situación política, económica y cultural.

En nuestra época la crisis de las teorías explícitas legitimantes del orden político o económico motiva la necesidad de encontrar nuevas teorías, integradoras y superadoras de las situaciones de desigualdad vigentes, en esta vía se encuentra la teoría del “desarrollo humano”.

CONSIDERACIONES FINALES

Este trabajo no intenta dar una idea acabada de las cuestiones aquí planteadas, sino más bien abre interrogantes y posibles caminos para el desarrollo de una futura investigación, tratando de articular concepciones epistemológicas con cuestiones vinculadas a la cultura y sus derivados: identidad cultural, cooperación cultural, desarrollo humano, ciencia y tecnología, etc.

En las páginas anteriores se intentó esbozar una imagen de la cultura que fomente un mundo más interrelacionado, a partir de la cooperación con miras a resolver problemas y situaciones globales.

Siguiendo este razonamiento entendemos a la cooperación cultural como elemento potenciador de las relaciones internacionales, ya que se avizora como un instrumento efectivo en el desarrollo económico y social, vale decir en el desarrollo humano de los pueblos más necesitados.

A su vez construir procesos de identidad dinámicos implica una adaptación cultural recíproca que consecuentemente conlleve a una cooperación eficaz, descentralizada y participativa.

Nos pareció oportuno incluir en nuestro análisis los condicionamientos sociales planteados por la sociología del conocimiento, como razonamiento epistemológico que se acerca a la idea del “diálogo auténtico” enriquecedor de un

pensamiento abierto, democratizante, tendiente a escuchar e incorporar las ideas del otro.

En el caso concreto de la Argentina, observamos la construcción de una identidad cultural hispano-italo-argentina, abierta (por su propio origen histórico), dinámica y en transformación; recepción manifiesta en acuerdos, proyectos y vínculos de cooperación cultural.

Por otro lado el avance de la ciencia, la tecnología y la difusión a través de los medios de comunicación, hace que irrumpen nuevos espacios y tiempos en el imaginario colectivo de la sociedad, y que las relaciones sean más fluidas entre aquellos que comparten semejanzas culturales, pero que la vez, sea un reto el acercarse hacia otros escenarios civilizatorios más distantes y diferentes.

Ponemos una cuota de optimismo al desarrollo humano y a la cooperación cultural, como elementos potenciadores del cambio en la estructura de dominación. Quizás puede sonar utópico, pero el voto de confianza está puesto en la cultura y en sus fuentes dinamizadoras de transformación de la utopía en realidades calificables y cuantificables.

BIBLIOGRAFÍA

- Del Percio, Enrique (2000), *Tiempos modernos. Una teoría de la dominación*. Buenos Aires. Editorial Altamira.
- García Picazo, Paloma (1997): “La identidad europea: entre la apertura y el ensimismamiento”. *RIFP*, 9.
- Held, David (1997), *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Keohane, Robert (1998), *Después de la hegemonía. Cooperación y discordia en la política económica mundial*. Buenos Aires. Grupo Editor Latinoamericano.
- Leal, Fernando Vicario (1996), “La cooperación cultural, una asignatura pendiente de evaluación”. *Síntesis*, 26.
- Síntesis* (Julio-Diciembre de 1995), “La integración regional en América Latina”. 25.

NOTAS

¹ La noción de desarrollo humano entiende que el crecimiento económico debe ir asociado al respeto de los derechos humanos, individuales y sociales, a la preservación del medio ambiente etc. Afirma que la

riqueza material no es lo único importante para lograr la concreción de otras opciones humanas que van más allá del bienestar económico. Se considera como un paradigma integral de desarrollo que abarca a la vez los fines y los medios, la productividad y la equidad, el desarrollo económico y social, y los bienes materiales y el bienestar humano (Del Percio, 2000: 268).

² En este sentido resulta de gran valor preguntarnos qué motiva a los actores a desarrollar prácticas de cooperación y en que los beneficia. Según Robert Keohane, los seres humanos pueden ser capaces de aprender, esto es, desarrollar instituciones y prácticas que les permiten cooperar con mayor efectividad sin renunciar a la persecución del auto-interés, logrando una cooperación mutuamente beneficiosa. El citado autor define a la cooperación internacional como un proceso a través del cual las políticas seguidas por los gobiernos llegan a ser consideradas por los asociados como acciones que facilitan sus propios objetivos, como resultado de la coordinación de políticas y de la adaptación mutua. (Keohane, 1998: 74). Aunque se encuentra todavía en la etapa de transición, el modelo de cooperación internacional hacia el que avanzamos hoy día se concentra en forma predominante en el desarrollo sostenible, promueve la inversión en el capital humano, destaca la gestión del desarrollo como un proceso moderno y hace que todo el conjunto de iniciativas de apoyo al desarrollo y de corrientes financieras dependan de la democracia, las relaciones comerciales, el tamaño del estado y el vigor de la iniciativa privada. Este nuevo modelo tiene por objetivo, promover la participación más activa de agentes del sector público y privado y alentar las actividades regionales y programas de integración física. Se considera que las fundaciones, empresas, universidades, ONG y redes privadas son los órganos más adecuados para transformar los compromisos de la cooperación internacional en realidades tangibles y cuantificables.

³ En las sociedades han existido diversos niveles de legitimación: preteórico, proposiciones teóricas rudimentarias, teorías explícitas (las ideologías como forma de legitimación de la modernidad), y el universo simbólico (que implica una visión global del mundo). (Del Percio, 2000).